

LA ALBORADA

SEMANARIO ILUSTRADO, DE POLÍTICA, CIENCIAS Y LETRAS

CONSTANCIO C. VIGIL
DIRECTOR-REDACTOR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PLAZA INDEPENDENCIA 77
(COSTADO NORTE)

AGUSTÍN SALOM
ADMINISTRADOR

AÑO IV—2.^a ÉPOCA

MONTEVIDEO, 4 DE NOVIEMBRE DE 1900

NÚMERO 138

HOJAS SUELTAS

La Nación, diario oficial, se ha ocupado en uno de sus últimos editoriales de lo insustanciales que resultan no pocas de las sesiones que celebran las cámaras legislativas. La Nación se ha mostrado muy razonable al expresarse así.

No es necesario leer todas las actas de la actual legislatura para que se eche de ver que nuestros hoy tan dignos representantes malgastan mucho tiempo en galas oratorias y fórmulas sin trascendencia ni provecho.

Se agrega á esto, la inasistencia crónica de muchos legisladores, y, todavía, la brevedad de algunas sesiones, las que pudieran llamarse «suspiros parlamentarios». ¡Y tanto que precisa la república de sus selectos hijos!

Comprobará lo anteriormente dicho, este recorte que de otro diario hacemos, y que en lo que se refiere al asunto de los padres de la patria no es sino una variación sobre añejísimo tema.

«La cámara tampoco tuvo número en el día de ayer. En vista de que esto se repite, y, además, de que por llegar tarde los señores diputados, las sesiones apenas duran poco más de una hora, el doctor Rodríguez Larreta indicó á la Mesa la necesidad de hacer cumplir las disposiciones reglamentarias sobre el caso, comenzando las sesiones á las 3 1/2 en punto, y aplicando multa á los inasistentes. La Mesa manifestó que hará ejecutar la indicación del doctor Rodríguez Larreta.»

Convendría, además, que alguien propusiera, y por mayoría de votos se aprobara, una resolución terminante en lo que se refiere á las latas disertaciones parlamentarias.

Adherimos, pues, en un todo, á las sensatas reflexiones que sobre el particular ha expuesto el señor director de El Nacional.

En estos momentos, el partido Nacional procede á la elección de sus comisiones

directivas departamentales. Para expresar nuestra opinión en cuanto al resultado de estos importantes actos, esperamos conocer el resultado total; entonces nos manifestaremos con absoluta imparcialidad.

Hasta ahora, lo andado en el camino de la renovación de autoridades nacionalistas, responde á las más elevadas conveniencias de la comunidad.

—*—



Don Carmelo Colmán

SOLDADO EN LA CRUZADA DE LOS TREINTA Y TRES

El primer magistrado de la República del Brasil no visitó esta playa, finalmente.

Pena sentimos viéndonos privados de tan grato y digno visitante, no obstante que medimos cuán pobres hubieran parecido nuestros agasajos al doctor Campos Salles, luego de su paseo triunfal por la capital vecina.

Aunque de lejos, enviamos nuestro más afectuoso saludo al primer magistrado del Brasil, á su repaso por las aguas del Plata.

—*—

Recordamos que en 16 de Septiembre ppdo., escribimos un suelto en el que mostrábamos nuestra extrañeza por el prolongado retardo que sufría el sumario mandado instruir al inspector de escuelas del departamento de Rocha, señor Benjamín Sie-

rra y Sierra. Esta es la hora en que, habiendo transcurrido desde esa fecha un mes y medio, todavía no se conoce el resultado de la menuda y laboriosa tarea de la Dirección General de Instrucción Pública.

Cinco son los miembros de esa honorable corporación, y como cada cual estudiará aquel sumario por separado, es de suponerse que lo hacen en no menor tiempo de un mes por cada uno: lo que resulta un verdadero *trop de zele*, y sobra de pachorra, salvo el respeto y la estimación debidos á dichos compatriotas.

Entretanto, el señor Sierra y Sierra no es inspector de escuelas, ni deja de serlo, y ve transcurrir los meses sin que se le rehabilite ó se declare su culpa, si es que la tuvo. De tal manera se ejerce la justicia por acá: el funcionario público, inocente ó culpable, sufre un castigo real, en sus intereses materiales y morales, debido á la lentitud de los procedimientos anejos á todo asunto de carácter oficial.

De esta influencia no están libres siquiera los ciudadanos cultos y honestísimos que por primera vez desempeñan empleos de gobierno.

El «pase usted mañana», del insigne Larra, impera entre nosotros como en la España de 1830.

—>>>—

PUEBLOS Y GOBIERNOS



La prensa uruguaya tiene por hábito no criticar los actos de los vecinos bonaerenses, del cual olvido se resarcen éstos ajustándoles cuentas al gobierno y al pueblo uruguayos en cuantas coyunturas se les presentan.

De esto, y siempre dentro las muy cordiales relaciones que guardamos con los vecinos de la otra margen del Plata, tomaremos pie para escribir unas breves observaciones.

Las fiestas realizadas en Buenos Aires en honor del presidente del Brasil, simpáticas en sí, nobilísimas en sus móviles po-

pulares, ofenden al espíritu democrático, por la magnificencia desplegada, por la pompa de que se ha hecho gala, por el derroche sin tasa de los dineros del pueblo; todo lo que es merecedor de severa censura para los que pensamos en la igualdad de los hombres, en el verdadero carácter que reviste el empleo de primer magistrado de una república democrática, en la insignificancia del lujo propio de las reyeías, y en el único é incontestable fin á que deben ser aplicados los dineros que con su honrado trabajo vierten los habitantes en las arcas nacionales.

Un obrero —mal que nos sepa,— pobremente vestido, alojado por lo común en vivienda miserable, es el más genuino representante de las bajas esferas de una sociedad como la porteña. ¿Qué le responderíamos, qué respuesta le darían los magistrados bonaerenses á ese hombre, á cualquier otro hombre que derrama sudor para comer y pagar los impuestos, si increpara la pompa y el derroche de las fiestas en honor del ciudadano presidente del Brasil?

Esas carrozas con su doble tronco y sus lacayos, el palacio Devoto lleno de servidumbre con diferentes libreas, las calles que se cubren de ricas alfombras; tanto oro, tanta seda prodigados, implican un retroceso hacia condenables prácticas que nunca debieron ser transportadas á América.

Bien que se tributen honores, en la persona de su representante superior, á una nación amiga; mas la sencillez, el buen criterio debe presidir las expansiones de un gobierno y de un pueblo en que no existe nada de las absurdas prácticas de la aristocracia.

Si el Brasil fuera aún imperio, y en la Argentina perdurara el viejo virreinato, la suntuosidad que presenciamos hubiera sido explicable. Hoy, dado el sistema que rige en esos países hermanos, y dadas las ideas que alientan ambos pueblos, ni los mandatarios ni los habitantes pueden aceptar sin sonrojarse semejantes prácticas, que no conducen sino al olvido de la realidad del poder que se recibe por la Constitución, y á prestar peligroso aliciente á las doctrinas socialistas, que paulatinamente vanse infiltrando en nuestras sociedades.

NOTA HISTÓRICA

Del archivo militar del año 1825 y siguientes, han sido entresacados algunos datos de relativa importancia acerca de no pocos de los « Treinta y Tres » héroes de la Agraciada.

Estos datos, reunidos, ofrecen interés, pues hasta el presente no se han presentado, ni aún incompletos. Lo que hemos anotado hasta este momento,—y que presentamos para que acompañen á la valiosa fotografía de uno de los denodados redentores,—dice así:

Coronel Juan Antonio Lavalleja. Falleció el 22 de Octubre de 1853.

Sargento Mayor Manuel Oribe. Falleció el 12 de Noviembre de 1857.

Sargento Mayor Pablo Zufriategui. Falleció el 22 de Octubre de 1841.

Capitán Manuel Freire. Fusilado en el « Paso de Quinteros » el 2 de Febrero de 1858.

Capitán Gregorio Sanabria. Era paraguayo.

Capitán Basilio Araújo. Era entrerriano. Falleció con el grado de coronel, en el Cerro de la Victoria, sirviendo á órdenes del general Oribe.

Teniente Manuel Meléndez. Falleció en acción de guerra, antes de la Paz de Octubre.

Alférez Pantaleón Artigas. Fué el primero en morir, en una obscura refriega de 1825.

Soldado Tiburcio Gómez. Fué el último que murió, á la edad de 102 años, el 14 de Agosto de 1882. Ascendiósele á sargento antes de la batalla de Sarandí.

Soldado José Leguizamón. Murió en Ituzaingó, con el grado de sargento.

Soldado Norberto Ortiz. Murió en una guerrilla sostenida en la costa del arroyo Miguelete, el 29 de Mayo de 1827.

Soldado Dionisio Oribe. Hombre de color. Asistente del 2.º jefe de la Cruzada.

Soldado Joaquín Artigas. Hombre de color. Asistente del alférez Pantaleón Artigas.

INSOMNIO

*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

(BÉCQUER, Rimas).

Cerré el libro, apagué la luz y me coloqué de mi lado favorito para dormir.

Los versos admirables del poeta español me voltejaban aún en la memoria, de modo que mi imaginación, sin poder descansar un momento, los repetía y repetía hasta sentirse fatigada:

*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

Nada hay tan rebelde como una idea cuando se aferra á la mente. La voluntad

más vigorosa no basta para dominarla y arrojarla de allí. De noche, sobre todo al entregarse al sueño, y cuando, buscando el momento de transición entre el velar y el dormir, el cerebro excitado se va exaltando bajo una fuerza nerviosa que le agita y le hace pensar, pensar siempre, pensar aún, multiplicando las imágenes que le dan materia de trabajo, esas ideas se desarrollan y suceden con desesperante rapidez, se confunden, crecen, atropellan y desbordan, hasta que el cráneo se siente repleto y próximo á estallar, los párpados se entreabren, el corazón palpita, la respiración se vuelve fatigosa, y el pobre enfermo de insomnio, tembloroso, jadeante, medio loco, se revuelca furioso en la cama deshecha y húmeda con el sudor que empapa su cuerpo febricitante.

Aquella noche, noche de verano serena y apacible, un calor sofocante me había hecho abrir las ventanas de mi cuarto para dejar penetrar por ellas el aire fresco y más puro.

Dos horas habían pasado desde el momento en que me decidí á acostarme. No tenía sueño, y para procurármelo había tomado al acaso, un libro cualquiera. El tomo segundo de las obras de Bécquer fué el que alcanzó mi mano. Lo había abierto, había pasado la vista por algunas de sus páginas, y por fin me había detenido sobre la composición magistral del soñador romántico que principia con aquellos dulcísimos versos:

*Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo...*

A pesar de que la sabía entera de memoria, me puse de nuevo á leerla y á repetir en voz alta cada una de sus estrofas. Así es cómo el estribillo soberbio se había quedado, después, resonando en mi oído; y allí estaba todavía empecinado en pasearse, como un centinela, de un lado á otro por los espacios de mi cerebro, en donde la frase, la misma frase horrible y cruel se grababa porfiadamente en caracteres negros ó encendidos; claros ó fantásticos; ya ondulantes ó temblorosos; ya tersos y severos; góticos, romanos, cursivos, árabes, egipcios...

*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

No sé cuánto tiempo transcurrió así: sólo sé que durante esas horas mortales, sentí repetirse con monotonía abrumadora, el sonido del péndulo del reloj, alternado con el canto lastimero del gallo y el ladrido lejano de algún perro vigilante. Y en

medio de todo, el eco, fúnebre unas veces, melancólico otras, sonoro y vibrante siempre de la campana de la iglesia vecina, que daba las horas... las doce... la una... luego las dos... y las tres... llegaba á mis oídos con su regularidad acompasada, sin que el sueño bienhechor acudiese á calmar mis fatigados párpados.

Tampoco recuerdo cómo fué ni cómo empezó; pero conservo, sin embargo, conciencia de cierta sensación de pesadez que poco á poco fué invadiendo mis sentidos, hasta que en un momento dado, que hoy no puedo precisar

... en ese limbo,
en que cambian de forma los objetos.

pero que me imagino coincidiría con la primera claridad vaga del amanecer, mis ojos comenzaron á cerrarse, y un velo turbio empañó las imágenes que, sin borrarse del todo, perdieron á mi vista la precisión de sus líneas y detalles. Entonces me sentí preso de un sopor semejante al que produce un narcótico poderoso; los caracteres que formaban la frase fatídica se trocaron en luces menos vivas, pero al mismo tiempo más extendidas é informes: la palabra *muertos*, sobre todo, me parecía extinguirse por momentos y confundir en lenguas espirantes de fuego sus letras medio apagadas, como las de una luz de artificio ó alegoría luminaria en una noche de huracán!...

Y sentí olor de cirios apagados,
de humedad y de incienso...

¡Cosa curiosa!... á pesar de todos estos síntomas del sueño, había algo en mí que me hacía mantener despierto el conocimiento de las cosas reales que me rodeaban, de modo que el tic-tac cadencioso del péndulo continuaba manifestándome que el oído velaba, y la débil claridad que penetraba por entre las rendijas de las persianas, atenuaba las tinieblas que hasta entonces habían envuelto la atmósfera de mi dormitorio...

¿Cuánto tiempo transcurrió así?... No lo sé. Sólo recuerdo que en medio de las visiones fantásticas y confusas que en esos instantes me acosaron, vi ataúdes y procesiones, esqueletos y colgaduras de crespón; oí músicas de acordes sordos y destemplados; una mezcla informe de sonidos sin ritmo ni cadencia, pero entre los cuales descollaban, sin embargo... ¡contradicción caprichosa! las notas afinadas y secas de las choquezuelas y canillas de la *Danse macabre* de Saint-Saëns y el *Miserere* de Bécquer...

Poco á poco el fondo del cuadro comen-

zó á despejarse, y aparecieron, claras é iluminadas por una luz sulfúrica y verdosa, las cruces de un cementerio. Las tumbas eran allí numerosas; las lápidas, blancas y brillantes, esculpidas con letras negras ó doradas. Al frente, una montaña; á un lado un despeñadero; y sobre el fondo, multitud de cipreses enfilados y rectos, de cuyas cabezas, que se elevaban hasta perderse en las nubes, colgaban jirones de enlutados mantos con inscripciones mortuorias y símbolos tristes...

¿Dormía y soñaba ó estaba despierto?... No pude saberlo. La duda, sin embargo, me mortificaba: quería probarme á mí

JEFES NACIONALISTAS



General Brito del Pino

CAPITÁN DE PUERTOS EN LA ADMINISTRACIÓN PEREIRA

mismo que mi conciencia velaba; hacía esfuerzos para hablar: ¡inútilmente!

¿Qué pasaba por mí?

Tampoco logré definirlo; pero es indudable que el terror se apoderaba de mis sentidos todos.

De súbito me pareció que llegaba á mis oídos, rasgando los aires, el sonido lúgubre de un cuerno, semejante al quejido de un dolor intenso, profundo, arrancado como una sola voz, á un mismo tiempo, á la humanidad entera. ¡Y pensé entonces que acaso, en esas horas silenciosas de la noche, las almas de aquellos seres cuyos cuerpos estaban encerrados bajo la losa fría de los sepulcros enfilados, gemían con un gemido inmenso y desgarrador!...

El eco repitió temblando las últimas vibraciones que se hundieron en el valle, atenuándose poco á poco y borrándose hasta perderse del todo en la majestad del silencio!...

Y entonces volví á pensar:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!...

No sé cómo, un momento después, aislado y perdido en un bosque de cruces y mausoleos, y agobiado bajo el peso de las ideas fúnebres que iban aturdiendo mi mente, me encontré vagando por entre las tumbas tristes y calladas que, á los resplandores de la luz, pálida y suave, se parecían, repitiéndose á lo lejos sobre la superficie iluminada, á las olas del mar ligeramente plateadas y rizadas por la brisa de una clara noche de luna en los trópicos.

La negra silueta trazada por la sombra de mi cuerpo se proyectaba sobre las tumbas cercanas y velaba sus inscripciones sentidas y amantes...

En aquellos momentos el silencio sepulcral me hacía meditar; ¡y esa meditación era triste y traía á mi memoria el recuerdo doloroso de los seres amados, arrebatados ¡ay! tan pronto á mi ternura, y cuyos cuerpos, rígidos y yertos, debían descansar, inmóviles, con la inmovilidad espantosa de la muerte, en el seno negro y profundo del nicho!...

—¿Y por qué, por qué, Dios mío, me decía horrorizado, por qué á esos muertos queridos que durante las noches crueles de tempestad y nieve en que el viento ruge, y

acaso de frío
se hielan sus huesos...

mientras permanecen recostados en su lecho húmedo y desesperante, por qué en el curso de estas horas serenas, tibias y perfumadas, no les es dado, por una vez siquiera, sólo un instante, salir á la luz y al aire, como en la nocturna fiesta de los cementerios melancólicos del canto inmortal de Víctor Hugo, en que las sombras de las hermosas envueltas en sus albos sudarios dejan sus tumbas para saludar con cantos y danzas del otro mundo á su tierna amiga, la bienhechora luna?...

¡Allí, bajo esos mármoles tersos debía estar aún la que, al volar su alma á los espacios infinitos, se llevó pedazos de la mía!... ¡mi madre idolatrada!...

¡Allí estaría silenciosa y muda, en la misma posición en que la dejaron cuando

la piqueta al hombro
el sepulturero
cantando entre dientes,
se perdió á lo lejos!...

¡Han pasado diez años!... Y durante ellos diez inviernos, con sus noches tempestuosas

en que las maderas
crujir hace el viento;

¡diez años desde que la perdí! ¡diez años durante los cuales he ido yo á visitarla en su melancólica morada para depositar so-

bre sus restos con mano cariñosa una flor!...

¡Una flor!... ¿Acaso puede ella respirar su perfume ó admirar sus suaves colores y matices delicados?...

¡Diez años!... Miles de miles de minutos transcurridos en el fondo de una caverna lóbrega y espantosa, hasta donde no llegarán, sin duda, los ruidos aturdidores del movimiento con que se agita el mundo aquí arriba, mientras con sus miserias infinitas sigue la vida su curso fatal!... ¡Ni tampoco llegará allí el aroma embalsamado de las plantas, ni el canto de las aves, ni el dulce murmurar de la brisa que mece las ramas de los cipreses enhiestos y acaricia sus copas flexibles y temblonas!... ¡No, nada de eso! ¡Si algún ruido se escucha y turba la paz de la bóveda sombría, será el fragor horrendo de las entrañas volcánicas de la tierra en efervescencia...; si alguna emanación llega á abrigarse en esos espacios insalubres, será la del vapor y humedad de sus huesos en descomposición!... ¡Horrible verdad!...

¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?

Mi cabeza comenzaba á aturdirse; un rumor extraño perturbaba mi oído, y las ideas, más confusas á medida que me engolfaba en mis lúgubres meditaciones, se borrraban ó mezclaban de nuevo en desorden, palpitaban y me hacían perder en un laberinto de absurdos...

Ora me parecía escuchar los ecos de una música lejana, triste y sentimental, que acompañaba cánticos grandiosos de entonación severa, ó sólo tiernas y dulcísimas melodías.

Entre todas éstas una canción delicada y sencilla, ¡*Vorrei morir!* que me acostumbré á escuchar desde mi infancia, acarició mi oído. ¡Ay, qué feliz me sentía en esos momentos al pensar que los muertos, desde sus tumbas, quizás por mis ruegos la oírían también!... Yo sé sus versos, que principian por

Vorrei morir nella stagion dei fiori,

los he sabido siempre y los he repetido sin cesar.

Pero en aquella ocasión me pareció que el dulce idioma del Dante se desfiguraba y transformaba de modo que las palabras de la canción iban llegando á mis oídos como si hubieran sido escritas en mi propia lengua, ordenándose cadenciosamente en suaves versos castellanos que yo escuchaba con delicia.

¡Sí, también yo quería morir en la estación de las flores; tenía horror al invierno helado y su soledad cruel!...

Y la canción seguía:

¡Si al fin he de morir, morir quisiera
en la estación del año primorosa
en que el ave su nido, placentera
teje cantando alegre y afanosa!...

¡Morir!... ¡Quiero morir en primavera
cuando el aura acaricia temblorosa
las hojas verdes de la selva umbría,
lozanas, frescas como el alma mía!

¡Pero morir cuando rebrama el viento
con ronco son é ímpetu salvaje
arrebataando, rápido y violento,
al árbol de los bosques su follaje,
para dejar marchito, amarillento,
sólo el seco esqueleto del ramaje!...

¡Morir entonces!... ¡oh! vencer no puedo
la horrible idea... ¡no!... ¡me infunde miedo!...

Cesó la canción, y la música comenzó á apagarse; al mismo tiempo cantó el gallo del poema sinfónico, se atenuó la luz hasta perderse confundida entre los albores del amanecer, una claridad vaga se difundió por todo mi espíritu y... el reloj comenzó á dar las nueve de la mañana. ¡Había dormido cinco horas!

ALBERTO DEL SOLAR,
Chileno.

OCASO

Ya el rey Sol, majestuoso y soberbio, tendido en su carro
[de roja escarlata
Y en su manto de púrpura envuelto, se oculta con pompa
[detrás del ocaso;
Y á través del cortejo de nubes teñidas de grana que rompe
[á su paso,
El celaje encendido remeda la vívida lumbre de inmensa
[fogata.

Honda luz melancólica en torno del bosque durmiente la
[tarde dilata,
Donde no hay un gentil pajarillo que trine en las frondas
[del verde regazo;
Sólo se oye el murmullo medroso del viento nocturno que
[dobla el ribazo
Y azotando las viejas cortezas arranca las hojas que rauda
[arrebata.

Ya el crepúsculo triste se aleja y en lo alto la bruma se en-
[sancha y difunde;
Vagamente el perfil de los montes, á la última lumbre fu-
[gaz se distingue;
Ya despliega la noche su manto de negros crespones y rompe
[su orbe;

En el cóncavo turbio del éter la sombra que invade los to-
[nos confunde:
Reina el gris azulado que impera por breves momentos. De
[pronto se extingue
El postrer resplandor en ocaso y el gris en los cielos...
[Impera la noche!...

MANUEL ANTONIO CAMPOS R.

Guayaquil, 1900.

MURMURACIÓN

Muchos medran del mundo en las marañas
Porque hermana ó mujer tienen hermosa.
Es muy corriente cosa
Por las faldas subir á las montañas.

RICARDO PALMA.

NINICHE

Al reputado dibujante español
don José Cabrinety.

Hermosa, esbelta, de ojos grandes y azules, en los que parecía reflejarse la inmensidad de los cielos; de cutis de nieve y rosa y de formas graciosas y correctas, era imposible verla sin amarla, como sucede con las heroínas por entregas.

Aquella mañana, Niniche (nombre con que fué bautizada á los quince años por su papá, un general de la secta de los anabaptistas inconscientes), se había levantado más temprano que de ordinario y estaba más mona que nunca. Vestía un vaporoso traje azul ceñido con graciosa coquetería á su talle, y cubría su rubia cabecita un sombrero de paja, cuyas alas, forradas de seda roja, templaban apenas con su sombra el fuego de sus ojos, que brillaban hechiceros en rosadas penumbras...

Pepe, su primo, la encontró regando una mata de olorosos jazmines.

—¡Niniche! dijo el pobre muchacho, acercándose con timidez á la niña.

—¡Ah! ¿eres tú, Pepe? exclamó la joven soltando la regadera y batiendo gozo las palmas.

—Yo mismo, Niniche... acabo de llegar en este instante al pueblo; en la impaciencia que tenía por verte, no he querido ni siquiera sacudirme el polvo del camino.

—¡Cuánto te lo agradezco, Pepe!

—¡Vaya! ¡y qué crecida estás! ¡y qué hermosa!

—¿De veras? dijo la niña poniéndose colorada y sonriendo... quizá para que su primo pudiera admirar la blancura deslumbradora de sus dientes nacarados.

—Pero dime, Niniche, ¿qué significa que al entrar no he encontrado á nadie en la quinta?

—Pues significa... que estoy sola, contestó la joven con cierta turbación, no sabemos si real ó fingida.

—¿Sola?

—O poco menos...

—¿Y mi tío? ¿dónde está mi tío?

—Salió esta mañana y no ha vuelto aún.

—¿Y mi tía?

—En la iglesia.

—¿Y la vieja Eduviges?

—¡Ciega!

—¿Y López, el asistente?

—¡Mudo!

Y Niniche miró de una manera enloquecedora á Pepe.

—Bueno, entonces volveré más tarde, dijo éste con voz apenas perceptible.

—¡Cómo! exclamó Niniche, mordiendo-

se los labios con expresión de despecho, ¿te vas? ¿qué prisa tienes? ¿tan mal te encuentras al lado mío?

—¡Al contrario!

—¡Y se sonríe!... ¿por qué te sonríes, Pepe?

—Es que... mira, ya te lo diré después, Niniche; ahora quiero ir á casa de mi nodriza, donde he dejado mi equipaje, á cambiarme de ropa y á asearme un poco; vengo en un estado... lamentable, y no quisiera que me viesen así; estoy cubierto de polvo y debo parecer una estatua escapada de un mausoleo. Ya al llegar al pueblo una turba de muchachos me gritó: *¡El convidado de piedra!*... y aun creo que zumbó en mis oídos algún fragmento de *convidado*. Conque, nada, Niniche, hasta luego.

Y Pepe tendió la mano á su seductora prima.

Y Niniche, que no apartaba los ojos de su primo, gallardo mancebo de diez y ocho años, cuya hermosa presencia había cautivado no pocos corazones de mujeres, en lugar de estrechar aquella mano trémula, asió á Pepe del saco y le dijo con una voz llena de arrullos:

—¡No te vayas!... ¡hace tanto tiempo que no nos vemos y tengo tantas cosas que decirte!...

Pepe clavó en ella sus ojos negros y centelleantes, con un atrevimiento de que se sintió él mismo admirado, y Niniche, queriendo tal vez esquivar aquella mirada, fijó la suya en el suelo... pero de pronto se puso pálida, lanzó un grito agudo y cayó desvanecida en los brazos de su primo.

No sabiendo á qué atribuir aquel síncope, Pepe miró sorprendido en torno suyo y no tardó en ver deslizarse rápidamente por entre el menudo césped una hermosa sierpecilla de plateadas escamas que se perdió entre unas matas de malva-rosa.

Pepe siguió, no obstante, mirando á su alrededor: sin duda el majadero buscaba también en aquel microscópico paraíso el *árbol genealógico*... del pecado: el manzano.

Pero no vió más que serpientes.

Mientras tanto, Niniche continuaba desmayada, y Pepe no sabía cómo hacer para volverla á la vida, para devolver la luz á sus ojos y las rosas á sus mejillas.

Por fin tuvo una inspiración: colocó á su hermosa prima en un banco de hierro, corrió á un pequeño estanque que había en el jardín, sumergió la mano en el agua y volvió al lado de Niniche, cuyo pálido rostro roció amorosamente.

—Sobrino, eres un animal, dijo en aquel momento una voz que sonó en los oídos del joven como el estampido de un cañón.

Pepe volvió rápidamente la cabeza y se encontró en presencia de su tío, el general, cuya mirada le pareció más imponente que nunca.

Miró después con expresión de angustia á Niniche, y respiró al ver que la linda joven había vuelto ya en sí de su desmayo.

—Vamos á ver, continuó el militar en tono de mando, como si se dirigiese á un recluta; hágame usted el favor de explicar el objeto de su venida á este pueblo, precisamente en la época de los exámenes. Porque, lo que es aquí, ¡como no haga usted examen de conciencia!

—Le diré á usted, tío...

LA JURISPRUDENCIA EN EL URUGUAY



Doctor José P. Espalter

—¡Acaba con mil de á caballo!

—Pues bien, he renunciado á los estudios.

—¿Que has renunciado á los estudios?

—Sí, señor; ya sabe usted que soy rico.

—No obstante, bueno es que te dediques á una carrera... ¿quién sabe lo que puede sucederte el día de mañana?

—¡Oh! pierda usted cuidado, tío; he hecho más que dedicarme á una carrera...

—¿Más?

—Sí, señor: me he dedicado... á las *carreras*.

—Eso no es ninguna profesión.

—Pues hay muchos que no se dedican á otra cosa; el *sport* echa cada día más profundas raíces en nuestras costumbres populares.

—¡Qué quieres! no me explico esa fiebre por lo hípico.

—Porque usted es de infantería; pero no lo dude usted, tío, ¡el porvenir es de los caballos!

—Con todo, yo siento que no hayas seguido la carrera de médico.

—En cambio se felicitará la humanidad.

—Bueno; pero todavía no me has dicho con qué objeto has venido á este pueblo; porque supongo que no serán las carreras las que te han traído; aquí no se conocen; vivimos en un atraso deplorable.

—Es que estoy algo delicado de salud y los médicos me han aconsejado que respire el aire puro del campo; en la ciudad ya no se encuentra oxígeno ni para remedio.

—Apuesto á que te aburres antes de los ocho días; este pueblo es muy triste.

—No importa; ya conoce usted mi carácter melancólico; á mí todo lo triste me atrae.

—Pues no me parece que tengan nada de triste las carreras.

—¡Se conoce que no ha perdido usted nunca en ellas, tío!

—Pero todavía no me has dicho qué te ha parecido tu prima Niniche... ¿Verdad que está muy alta?

—Como un pino de oro.

—¿Y bonita?

—¡Encantadora!... parece imposible que sea hija de usted, tío.

—¡Pues á mí no me cabe la menor duda, caballero!

—Dispense usted, no me he explicado bien...

—¡Hum! creo que me estás faltando al respeto y tendré que acabar por sacudirte el polvo... que bastante falta te hace.

—Yo no le he querido ofender á usted, tío; ¡al contrario! quise decir que parecían ustedes hermanos... ¡si cada día está usted más joven! recuerdo que el año pasado tenía usted la cabeza llena de canas, y ahora... ¡ahora ya no se ve ni una!

—¡Adulador!

—La verdad, tío.

—¿Y qué tal? ¿cómo te ha recibido Niniche? Apuesto á que se ha asustado al verte; la pobrecita es la misma timidez en persona, la inocencia hecha ángel... ¿de qué habéis hablado?... pero, ¡diantre! ahora recuerdo que con mi maldita curiosidad te tengo ahí quizás muerto de hambre. Conque nada, chico, anda á cambiarte de ropa y vente á almorzar con nosotros. No te ofrezco mi casa, porque no está bien que habiten bajo un mismo techo dos jóvenes como vosotros; verdad que sois primos, pero esto, mirándolo despacio, es más bien una circunstancia agravante, sobre todo en pueblos chicos como éste, donde tanto se murmura... ¡como que la maledicencia es la única diversión del vecindario! Pero en cambio comerás con nosotros todos los días.

Pepe se despidió de su tío y de su prima

y volvió á la media hora elegantemente vestido y completamente transfigurado.

Niniche, al verle entrar en el comedor, donde se encontraba sola, sintió como un deslumbramiento y tuvo que apoyarse en una silla para no caer.

— Pues lo que es aquí no hay serpientes, pensó Pepe, al notar la turbación de su hermosa prima.

No había visto, en cambio, sobre la mesa, y en un elegante frutero de cristal, la dulce y olorosa fruta del Paraíso...

Pero tampoco hincó el diente en ella.

A la mañana siguiente, al presentarse Pepe muy temprano en la quinta, recibió, como un escopetazo, una noticia que le dejó frío.

Otro Adán le había suplantado en el corazón de Eva, entrando furtivamente en el paraíso de su amor, ¡precisamente en la época en que maduran las pomas!

Según un viejo sirviente, Niniche se había levantado más temprano que la aurora, y después de esperar breves momentos junto á los rosales en flor, vió llegar con indecible gozo á un apuesto zagal, con quien se alejó de la quinta por la senda de los guindos...

— Pero... ¿á dónde han ido? preguntó Pepe, sintiendo en su corazón la venenosa mordedura de los celos.

— El sacristán acaba de decirme, des-pavorido, que les ha visto entrar en el Molino de los Duendes... Por fuerza, agregó el fiel sirviente con aire consternado, la señorita debe estar poseída de los malos espíritus, porque á mí nadie me quita de la cabeza que el zagal en cuestión es el mismo diablo en persona.

— Pero... ¿ese molino está habitado?, preguntó Pepe con ansiedad.

— Sí, señor, por los duendes, á quienes el cura del pueblo no ha podido desalojar hasta ahora. Sólo á la luz de la aurora abandonan el molino convertidos en una nube de mariposas blancas que vuelan á hacer el amor á las rosas, según el hijo del boticario, un chico que se saca versos de la cabeza; de manera que Niniche y el zagal...

— ¡Podrán entregarse libremente á sus infames amores, sin un solo testigo!, gritó Pepe con desesperación. Pero, ¿y el general? ¿Por qué no pones al corriente al general de lo que ocurre?

— Sería inútil: el señor general cree en los duendes, les tiene mucho miedo y ni á tiros se acercaría al molino.

— ¿Ni tratándose de su honra? Pues bien, ¡corro yo á salvarla... si aún es tiempo!

Y sin esear razones, Pepe abandonó precipitadamente la quinta y se dirigió al Molino de los Duendes.

La puerta del vetusto edificio estaba cerrada, y nuestro enamorado llamó á ella con imperio.

— ¿Quién? dijo una voz fresca desde el interior.

— ¡Abre! contestó Pepe con sequedad.

— Pero... ¿á quién busca? ¿qué le trae?

— ¿No lo adivinas, perjura? bufó Pepe. ¡Ah! es inútil que te ocultes con tu seductor entre esos destartados muros, testigos de tu deshonor y de mi desdicha; tu negra perfidia no quedará sin castigo, ni mi amor burlado sin venganza...

— ¿Tu amor? ¿conque confiesas, por fin, que me amas? ¡gracias al cielo!

Y abriéndose de súbito la puerta, apareció Niniche ante los ojos de Pepe, más seductora que nunca.

Pepe rechazó bruscamente á la joven y quiso pasar adelante.

— ¿Dónde vas? dijo Niniche interceptándole el paso.

— En busca del miserable que te ha robado á mi amor para arrojarte al abismo de la infamia.

— ¡Ah! ¡no! ¡antes de llegar á él tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

— ¡Aparta!

— ¡Detente!

— ¡Infame!

— ¡Socorro!

Pepe, tras de breve lucha, acabó por desprenderse de los brazos de su prima y se precipitó en el interior del molino, en una de cuyas habitaciones descubrió, en medio de la obscuridad, al seductor de Niniche.

— ¡Gracias al diablo! ¡al fin te encuentro! dijo con feroz alegría.

Y asíéndole de un brazo, arrastróle violentamente hacia una ventana por la que penetraba un débil rayo de luz, deseoso de ver el rostro de su aborrecido rival.

Y se quedó petrificado.

Había reconocido en él á Berta, la graciosa hija del hortelano.

— ¿Y se casó usted? preguntábamos algún tiempo después á Pepe, al referirnos la treta de su prima para hacerle confesar su amor.

— Me casé, contestó suspirando.

— ¡Vamos! la cosa no acabó mal...

Pepe lanzó otro suspiro y murmuró entredientes:

— No, no acabó mal... acabó peor: en boda.

CASIMIRO PRIETO VALDÉS.

Buenos Aires.

FRAGMENTO



« El crepúsculo de aquella tarde era largo, muy largo, como un crepúsculo inglés. La banda municipal tocaba la *cabalgata* de la *Valkiria*, que resonaba vibrante por toda la plaza, sin que el rodar de un coche ó el trotar de un caballo interrumpiesen la opulenta música. Por debajo de los pórticos, mirando las joyerías y las tiendas de espejos, se paseaban hermosas americanas de varonil andar, inglesas de ojos azules y profundos como un lago de Escocia, macizas austriacas y sandungueras venecianas con sus mantones negros como las chulas de Madrid. El aroma de los jardines de Lido embalsamaba el aire. El cielo, reflejándose en los muros policromos de la plaza, remedaba un gran incendio de rubies.

Nubes de color violáceo se extendían aquí y allá. En el horizonte, manchas de un nacar rosáceo, y no lejos, una nube blanca, gruesa y maciza como una estatua de mármol de Carrara á medio esculpir. En el zenit, la luna pálida y transparente. A ratos, medio velada, sonreía sobre las ondas del Adriático con sonrisa de convaleciente. Comienzan á caer algunas gotas como puños. Las góndolas cabecean, dándose de topetazos, en la Riva degli Schiavoni, como ataúdes flotantes. El viento sopla y el cielo se va azuleando de un azul turquí. El agua toma un tono glauco. Las nubes avanzan hacia la luna que las aguarda impasible, cual si estuviera sumida en un éxtasis. Una, más audaz que las otras, la tizna de un vaho carbonoso. La noche se avecina. Apenas se ve nada. Todo tiembla fantásticamente en la bruma luminosa. Una claridad cadavérica fluye invadiendo insensiblemente la atmósfera. La luna se perfila en un nubarrón cárdeno, veteada de filamentos negruzcos y bermejos, como la yema de un huevo de ave en que se esboza el embrión. Poco á poco se va limpiando y brilla de repente en todo su pálido esplendor, chispeando en los encajes de piedra de los palacios, en las cúpulas de las basílicas, espejeando en los aceros de las góndolas, resbalando cariñosamente sobre la superficie del agua que tiembla como de frío.

La góndola avanza por el gran Canal, empujada por el remo que levanta un murmurio de pez que huye. La silueta del gondolero tan pronto se inclina como se yergue, reflejándose *cinematográficamente* en la líquida llanura, á través de cuya obscura transparencia se ve, como un inmenso lecho de corales, la fantasmagoría de mármol de los edificios.

A lo lejos se oye la música de la Plaza de San Marcos. Matilde, reclinada blandamente en el hombro del ruso, va poco á poco adormeciéndose, arrullada por la brisa, embriagado el espíritu del ensueño del paisaje, como una veneciana del siglo XVI.

EMILIO BOBADILLA.

(Fray Candil).



DE « JUVENILES »



Víctima inerte de vulgar tirano
Gime la Patria en infortunio triste,
Y de vergüenza y de rubor se viste
El alma varonil del ciudadano.

Se debe combatir. Y aunque sea vano
Luchar, al fin demuestra quien resiste
Al despotismo, que en su ser existe
El germen del esfuerzo soberano.

Tú, amada mía, si en la lucha siento
Desfallecer mi juvenil pujanza,
Con tu recuerdo me darás aliento,

Y si caigo á los golpes de la suerte,
Te veré como el sol de la esperanza
En las supremas ansias de la muerte.



Aun siento el vibrante
Rumor de tus alas.
De tu cabellera de ébano
Hasta mí llega la suave fragancia.

Cual grandes luceros
De noches fantásticas,
Tus ojos mi senda iluminan
Y de mí las espesas tinieblas apartan.

¡Ah, tú eres la espléndida
Belleza ideada!
Arquetipo sublime que dejas
Tu brillo celeste temblando en las almas!

Cuando á la tierra de Canaán los ojos
Dirigía Moisés, la caravana
Cuentan que sintió dudas en la mente
Creyendo en el fantasma
De un espejismo fingidor de oasis
y verdes líneas de sonantes palmas.

¡Oh, si á lo menos al morir me fuera
Dado poder mirar, desde la anciana
Cumbre de un monte, el Paraíso mío
Extenderse á mis plantas,
Y retornar al polvo de la tierra
Con la visión augusta de sus galas!



Huyeron ya los pájaros errantes
Del cierzo y de la niebla compañeros,
Y ora vuelve en los plácidos senderos
La flor del aire á florecer como antes.

Á la luz del gran sol se abren fragantes
Magnolias y tempranos limoneros,
Y se escuchan arrullos lisonjeros
De enamorados picos tremulantes.

Del bañado monótono es á trechos
Interrumpido el plano cenagoso
Por grupos de fantásticos helechos,
Y del sol á los claros resplandores
En el antiguo bosque caviloso
Sólo se escucha un cántico de amores.



En los caminos misteriosos del alma
Hay selvas densas de luciente verdor.
Al tibio ambiente de sus tardes de oro
Da sus joyeles deslumbrantes el sol.

BELLEZAS URUGUAYAS



Elvira Ortuzar

(DEL ROSARIO ORIENTAL)

Nacen en ellas los febriles ensueños,
Aves que tienden al espacio y la luz,
De la penumbra silenciosa y tranquila
Puestos los ojos en el éter azul.

De esas regiones encantadas y hermosas
Vienen mis rimas como limpio raudal,
En cuyas ondas se refleja tu imagen,
Solo consuelo de mi ruda ansiedad.
Son dulces cantos de las aves que pueblan
Lo más oscuro de esa virgen región;
De las que alegran con sonoros arpegios
Mis largas horas de tristeza y amor!



Yo tenía una casita en la colina
Que parecía una paloma blanca:
Nido de amor oculto entre el ramaje
De ombúes viejos y temblantes palmas.

Allí soñó mi corazón de niño
Que tu espíritu virgen me adoraba,
Y creí oír tu voz en los rumores
Del viento que susurra entre las palmas.
Un idilio de amor en los rosales
Soñé un día... Soñé que tú pasabas,

Y que la brisa le contó á las flores,
De besos de pasión bajo las palmas!

VÍCTOR ARREGUINE.



MALCCOY



LEYENDA INDIA

Al doctor don Leonardo Villar.

I

Si bien es cierto que el cautiverio ha hecho degenerar la raza indígena, dejando caer denso velo sobre sus facultades intelectuales, que al presente parecen adormidas en la atonía, no menos verdad es la de que en sus épocas primaverales, los indios dejan correr un tanto aquel funesto velo, y como quien vuelve á la alborada de la vida, se entregan á las fiestas tradicionales de sus mayores.

Una de esas es el *malccoy*. Traduciendo libremente al castellano esta palabra, diríamos: la juventud con sus umbrales encantados de amor y de ensueños; la primera ilusión del niño trocado en hombre; la primera sonrisa intencionada, después del reir de la felicidad, que no deja cuenta clara para quien se reconcentre en un examen psicológico.

¡*Malccoy*! Infinitas veces hemos asistido á esas fiestas campesinas, compartiendo la sencilla alegría de nuestros compatriotas, sentadas sobre el surco abierto por el arado en tierra húmeda, apagando la sed en igual vasija de barro legendario, con la chicha de maíz y cebada elaborada por la feliz madre del *malcco*, allá en esas poéticas praderas del Cuzco; así se llamen Calca, Urubamba ó Tinta. Los nombres de aquellos indios casi los podríamos apuntar, tan frescos viven en la mente. Pero, entre ellos descuellan los de una pareja, que aún vive resignada y feliz tras la cima de los Andes, allá muy al otro lado de las saladas aguas del mar. Su historia no es un secreto, y á narrarla voy, ofreciéndola como el fruto de mis observaciones.

II

Conviene saber lo que es un *malcco*, para la ordenada narración de esta leyenda.

Todos los jóvenes varones que frisan ya en los diez y seis años, están obligados á correr la carrera del *malcco* (pichón).

Los padres se afanan y los hijos llevan la mente abstraída desde uno ó dos meses antes con la idea de la carrera.

Generalmente se elige la época del *sembrío* ó de la cosecha para hacer la carrera, al finalizar las labores consiguientes.

Se reúnen todos los mocetoncitos de un *aillo*, entrados en la edad, y el más caracterizado de los indios, que ya está por lo regular jubilado de cargos, elige los dos que han de ser el *maleco* y correr la carrera: el que la gana ha de casarse aquel año.

Figúrese el lector los aprietos de los mancebos que ya tienen el corazón en el cuerpo de alguna *ñusta*.

Su felicidad queda á merced de la pujanza de sus pies y pulmones.

III

Pedro y Pituca, nacidos en chozas vecinas, desde los tres años al cuidado de las manadas de ovejas, habían crecido compartiendo el pobre fiambre de mote frío y chuño cocido al vapor, corriendo campos iguales y contándose cuentos al borde de las zanja festoneadas de *mateccillos* y de grama. Allí, en esos bordes, aprendieron tanto los tejidos de sus hondas como el hilado de los vellones que caían en el tiempo de la trasquila.

Ya no eran niños.

Pituca, aunque la menor, entró la primera en la edad de las efervescencias del alma que suspira por otra alma. Sus negros ojos adquirieron mayor brillo y sus pupilas respiraban fuego.

Pedro, tal vez más tranquilo, comenzó á ver que sólo al lado de Pituca se sentía bien, y los días de *faena*, en que tenía que suplir á su padre é iba al pueblo, taciturno y caviloso, suspiraba por la choza, por la manada y por la zanja.

— ¡Pituca! se decía, al tomar la ración de coca ofrecida por su cacique, en cuyos campos labraba, sin otra recompensa. ¡Pituca! al mirar las *llicllas* coloradas y de *puitos* verdes tramados con vicuña que lucía la esposa del alcalde ó del regidor de su *aillo*.

Un día, sentando á Pituca sobre sus rodillas:

— *Hurpillay*, le dijo; mi padre, mi hermano mayor, el compadre Huancachoque, todos tienen su mujercita. ¿Quieres tú ser mi palomita compañera? Yo correré el *maleco* este año, ¡ay! lo correré por ti, y, si tengo tu palabra, no habrá venado que me dispute la carrera.

— Córrela, Pedrucha, contestó Pituca; porque yo seré buena mujercita para ti, pues, dormida, sueño contigo; tu nombre soplan á mi oído los *machulas* de otra vida, y, despierta, cuando te ausentas, me duele el corazón.

— Ecupe al suelo, respondióla Pedro abrazándola; y aquel compromiso quedó sellado así.

IV

Los maizales verde-esmeralda se tornaron amarillos como el oro.

El balido de las ovejas y el bufar de los bueyes, los nidos de palomitas cenizas multiplicados en las ramas de los algarrobos, las retamas y manzanos anuncian en aquellos campos que ha llegado la estación del otoño; los tendales se preparan para la cosecha, el agricultor suspira con inquietud codiciosa y las indiecitas casaderas comienzan á componer las cantatas del *yaravy* con el cual han de celebrar el *malecoy*.

Es el día de la faena.

Los mayordomos, cabalgados en lomillos puestos sobre los lomos de vetusto *repasiri mayordomil*, que de éstos hay dos ó tres en las fincas, recorren al galope las cabañas. Suena la bocina del indio *segunda* y pronto los prados se cubren de indios que llevan la *coyunta* conasa de hierro lustroso.

Son los alegres afanes de la cosecha.

Terminado el recojo de las mieses, viene luego el *malecoy*.

V

Aquella vez eran las planicies de *Atuncolla*, en la finca de mi padre, las que servían de teatro á las poéticas fiestas de esos buenos indios.

Comenzaron á llegar las indias acompañadas de sus hijas.

En el solar de la izquierda, llamado *Tinaco*, se reunieron los varones para la designación de los *malcos*.

La voz unánime señaló á Pedro y á Sebastián. Este último era un indiecito de carrillos de terebinto, trenza de azabache y mirada de cernícalo. En la comarca no le designaban con otro nombre que con el de *Chapacucha*, y tenía como tres cosechas de más sobre la edad de Pedro.

Chapacucha llevaba el alma enferma; su dolor casi podía distinguirse al través de la indiferencia con la cual se adelantó de la fila cuando escuchó su nombre.

Toda la alegre comitiva se fué derecho al campo de *Attuncolla*.

Al salir se cruzó, entre Pedro y Sebastián, este breve diálogo:

Sebastián.— ¿Tienes tu novia aquí?

Pedro.— Presente y muy hermosa. ¿La tuya?

Sebastián.— Duerme en el seno de *Allpamama*. Murió la pobre de pena cuando me llevaron en la leva para servir de redo-

blante en el batallón 6.º de línea, dispersado en las alturas de Quilínquilín.

En aquel momento llegaron al lugar donde aguardaban las mujeres. La mirada de su madre produjo ligera reacción en el semblante de Chapacucha, y con rapidez prodigiosa quedaron, él y su contendor, adornados con la *lliclla* colorada, terciada como banda, un birrete de lana de colores, y ojotas con tientos corredizos. Se midió la distancia, la señal de la bocina sonó y los dos mancebos se lanzaron al aire como gamos perseguidos por tirano cazador.

VI

Pituca tenía el corazón en los ojos.

Llevaba pendiente del brazo una guirnalda de claveles rojos y hiedra morada, como las llevaban casi todas las mujeres para coronar al ganancioso.

Veinte pasos más y Pedro traspasó el lindero.

La victoria quedó por él. Chapacucha, con calmosa indiferencia, fué el primero que abrazó á su vencedor, diciéndole al oído:

— Tuya es, pero, ¡me duele por mi madre!

La algazara no tuvo límites; coronas, flores y abrazos fueron para Pedrucha, á quien preocupaba un solo pensamiento. Pituca tardaba en abrazarle, porque es usanza aguardar que lo hagan los mayores. Por fin, adelantóse hermosa y risueña con la felicidad del alma, y antes que coronase las sienes de Pedrucha, vió caer á sus pies todas las flores con que aquél estaba adornado, señalándola ante la asamblea y diciendo en voz alta:

— Esta es la virgen que he ganado.

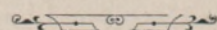
Los indios tienen el corazón lleno de ternura y de generosidad y sus goces se confunden íntimamente. Chapacucha y su madre olvidaron que formaban número en la contienda, y sólo pensaron en cumplimentar á la dichosa pareja, por cuya felicidad fueron todos los *yaravies* cantados en el *malecoy*.

VII

Tres meses después, tuvimos muy cordial, el gusto de servir de madrina de las bodas de Pituca y Pedro, en cuya celebración epitalámica podríamos escribir: Amor.

CLORINDA MATTO DE TURNER,
Peruana.

Buenos Aires.



LAS ARTES



La inspiración radiante del poeta
en hojas de papel queda grabada.
La imagen que se agita en la paleta
al lienzo el genio del pintor traslada.

El arquitecto, cuya sien fulgura,
de erigir templos majestuosos cuida,
y, rescatando seres, la escultura
da forma al mármol, expresión y vida.

En los raudales infinitos bebe
la música más rítmica que todo.
Despierta el alma, el corazón conmueve,
y crea mundos sin tocar el lodo.

Dios, renovando por doquier mirajes,
armonías, colores y verjeles,
para los cielos desprendió celajes,
para el artista prodigó laureles.

SAMUEL VELARDE.



LA BALANZA



A Rafael Domínguez, S. Terreno
y Nicanor Bolet Peraza.

Las arpas de oro se estremecen aún con
la vibración de la armonía, interrumpida de
improviso; los cantos celestiales han cesa-
do súbitamente; los ángeles dejan caer sus
alas con tristeza; las inmensas claridades
del infinito se han empañado, como teme-
rosas de brillar; el silencio del cielo es for-
midable, la solemnidad augusta.

Va á juzgarse una alma.

Por tribunal una balanza; por balanza
una cruz salpicada de sangre siempre fresca.

Medio oculto en sombra fatídica, que for-
ma con sus alas negras, y de espaldas al
cielo, está de pie un ser lúgubre y sombrío
esperando la hora vil del acusador, terrible,
inexorable. En su rostro hay lineamientos
de perfidia, mirada de asechanza y sonrisa
malévola que hiere como puñal.

En el sitio de la justicia brilla un inmen-
so foco de luz resplandeciente que sirve de
aureola al juez austero, lleno de incompa-
rable majestad. Pero algo íntimo, misterio-
so, hace traición á su designio de severidad
y á su misterio de rigor, porque aquella
sombra doliente de tristeza que vaga por
su semblante, no es de juez, sino de padre,
y hay no sé qué ternura en aquellos ojos de
cordero y en la dulce inclinación de su ca-
beza, que deja entrever mucho de incon-
sulta piedad y de imprudente misericordia.
Luego, hay marcados en su frente golpes
de caída y en sus manos cicatrices de su-
plicio, y el corazón adivina que no ha de
ser implacable en el castigo quien ha pade-



La Rambla 18 de Julio.—Proyecto de los señores Enrique Delucchi y Miguel Jaureguiberry

cido amarguras de humillación y dolor de
víctima.

Al pie de la cruz gime la culpable. Des-
fallecida sobre sus rodillas, la túnica en des-
orden, quebrado el alabastro, amortecidos
los ojos, suelto el cabello, inclinada la fren-
te vergonzosa, aprieta sobre el pecho sus
manos entrelazadas, con la convulsión de
la culpa y el estremecimiento del terror.

Aún la sigue hasta este trance doloroso
el ángel cándido, compañero familiar de su
existencia, lanzando penosamente suspiros
prolongados de tristeza inmortal, que de-
nuncian el pesar supremo de los esfuerzos
inútiles y de la esperanza en derrota.

Habló el maldito, y se elevó hasta la ago-
nía la suspensión de las legiones celestia-
les, que cubrieron sus rostros inocentes con
sus manos de armiño. Cada palabra era una
culpa, cada culpa caía en el platillo de la
balanza con enorme pesadumbre, inclinán-
dole siniestramente del lado del abismo.

Allí cayó la liviandad, la impureza, el
deshonor... y la balanza se inclinaba hacia
el abismo.

El platillo de los merecimientos estaba
vacío.

Allí cayó la torpeza de los pensamien-
tos, el deleite funesto, el goce inmundito...
y la balanza se inclinó hacia el abismo con
lúgubre crujido.

Calla el acusador, el silencio es pavoro-
so, la balanza vacila, el vértigo invade to-
dos los espíritus... ¿No hay quién defien-
da el alma infortunada? ¿Quién, generoso,
tome la voz de quien la pierde ahogada en-
tre nudos de remordimiento?

¡Va á cerrarse el juicio fatal!

Incorporóse trabajosamente la acusada;
pero no halla voz en aquel pecho lleno de
tempestades, ni en aquellos labios, trému-
los de dolor infinito...

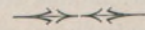
Vencida de la agonía suprema, apoya su
frente desfallecida en el madero ensan-
grentado...

Una lágrima solitaria, desprendida de
sus ojos, cae de improviso sobre el platillo
vacío de la balanza, que, sacudida por una
conmoción terrible, recobra de súbito el
equilibrio...

Jesús abre los brazos, ruge el monstruo,
prorrumpen deliciosos cantos celestiales,
brillan claridades inefables.

¡Magdalena se ha salvado!

EDUARDO CALCAÑO.



EL DÍA DE LOS MUERTOS



I

En lo alto del blanco campanario tañe
lánguidamente, con su lengua vibrante, el
bronce melancólico, llamando á los fieles
á orar por los muertos...

Flota en el aire algo como un perfume
de oración, de silencio y de reposo.

El sol, que cae á plomo sobre las blan-
cas avenidas del cementerio, parece, con su
pezadez de fuego, asociarse al duelo de los
creyentes.

Los altos cipreses, con sus rígidas y
verdinegras hojas, semejan inmóviles fan-

tasmas que guardan, con solemne apostura, la inmensa quietud de las heladas tumbas.

Todo está triste, pero en el fondo de esa tristeza que gime plañidera y melancólica, se siente algo como una nota de consuelo que levanta el espíritu, algo como una suprema aspiración de los dolientes, que dicen:

—¡Voy á orar por mi madre!..

Es cierto que la tierra sepultó sus despojos, es cierto que su espíritu voló á los espacios infinitos, es cierto que su voz no consuela ya nuestras horas de dolor y de amargura; pero ella vive en nosotros, ella alienta en nuestra imaginación, ella existe viva y latente en nuestro corazón, eternamente agradecido á sus halagos cariñosos...

¡Madre mía! ¡mírame de hinojos ante tu tumba, pidiendo para ti, en premio de tus bondades, la suprema dicha de los cielos, la quietud eterna para tu espíritu superior!

II

Las calles del cementerio se pueblan silenciosamente. Todos hablan en voz baja. Los ojos de los que llegan están rojos por el llanto. Las ropas que cubren sus cuerpos son negras y negras son las angustias que oprimen su corazón.

Traen en la mano coronas de siempre vivas simbólicas. Es la flor de las tumbas, porque es la flor que expresa el duelo inextinguible. ¿Por qué tienen todos el rostro pálido? ¿por qué sus labios se mueven imperceptiblemente? ¿por qué su paso es medurado? ¿por qué los negros crespones ocultan el oval de la cara y sus pliegues ondulantes caen sobre el pecho, escondiendo la forma humana? Es que cuando se viene á orar, el alma se pone en contacto íntimo con Dios, y Dios no aspira á ver los cuerpos, sino que impera grandiosamente sobre la pureza de los espíritus.

¿Acaso la oración es el acto pueril y material de repetir las palabras huecas escritas por los hombres? —¡No! — La oración pura y sacrosanta no se escribe; — brota del alma, como brota á torrentes la luz del astro magnífico, y no tiene forma, ni colorido, ni expresión, ni acento, sino que es algo dulcemente tierno; es una angustia serena y suave que palpita en nosotros, que nos abrasa, que enciende nuestro ser y le quema con un fuego de sagrado misticismo, que nos aparta de la tierra y que sólo nos hace volver á ella cuando dos lágrimas, mal contenidas por una emoción y un estremecimiento involuntario, ruedan ardientes por nuestras mejillas...

¡Y en lo alto del blanco campanario la lengua vibrante de la campana dobla por los muertos!

III

Sobre la tradición de las cosas terrenales que se transmite de un pueblo á otro pueblo, de una edad á otra edad, de una raza á otra raza, está la tradición del espíritu, que no se borra, que no se apaga, que no se hunde en el sepulcro misterioso del olvido, ese gran pecador de la humana especie, y que hace revivir el recuerdo de los que fueron, para quienes la antorcha sagrada arde perpetuamente en el alma de la humanidad entera, cualesquiera que sean sus dogmas, sus creencias, sus preocupaciones de secta ó de religión.

Todo se acaba y todo muere en la tierra porque en el engranaje de los siglos ruedan todos los afectos, todas las glorias, todos los triunfos, todas las derrotas, las cosas bellas y las cosas malas, el odio y el amor; la Historia trueca sus rumbos rectos, la Fama oculta y niega sus esplendores á quien los mereció, el Tiempo gasta con su roce imprudente el monumento ciclópeo; pero vive siempre y no se pierde nunca ese sagrado afecto por los muertos, que todos sentimos, desde la cuna hasta los postreros momentos de nuestra vida; ese respeto incomparable y santo que nace espontáneo en el alma y que no concluye sino en la tumba; donde irán á orar por nosotros aquellos que recibieron el ser, de la savia de nuestra vida, de la fuerza de nuestra sangre.

Ellos orarán por nosotros, como nosotros hemos orado por nuestros padres... una lágrima vertida al pie de una tumba, una flor arrojada sobre el mármol helado, una plegaria murmurada con los labios temblorosos será la única ofrenda que recibamos después de todos los sacrificios de una vida entera de dolores, pero esa ofrenda será tan grande y tan magnífica, como son grandes los goces supremos de la vida superior...

¡Para ellos, como para nosotros, la lengua vibrante de la campana, tañendo en lo alto del blanco campanario, será la señal de que deben ir á orar por los muertos!..

IV

Los que han perdido todos los seres que daban calor, luz y alegría á su hogar; los que se hallan solos en el mundo; los que tienen que vivir espiritualmente de afectos

falsos y de caricias mentidas; los que, — como las almas condenadas al martirio eterno, — tienen que arrastrar su vida paso á paso, sin más cariños que los que su mente les crea, esos mártires de las crudas rudezas del destino, son los que deben sentir el más grande y el más supremo de los consuelos de la tierra, en el momento en que oran por el alma de los muertos!..

¡Qué dulce, qué inefable, qué sublime bálsamo se halla en la oración, cuando la oración nace del alma, cuando el cuerpo se aparta del suelo para penetrar en los inescrutables misterios de las cosas divinas!..

Todo cambia y todo se transforma en las cosas que nos rodean: el aire que se respira, la gente que cruza ante nosotros, los árboles tristes y melancólicos, los ruidos misteriosos y extraños que se escuchan, en medio del silencio majestuoso y solemne del cementerio, todo lo que podemos ver y todo lo que podemos tocar, se asocia á nuestro espíritu de una manera invencible, en una comunión extraña, pero místicamente pura, dulcemente saludable, cariñosamente afectuosa.

La indiferencia misma del sepulturero, frío ante los millares de cadáveres que deposita en la fosa, cede ante esa suprema atracción del espíritu, y no será extraño verle también cerca del muro agrietado de la ciudad de los muertos, doblar la rodilla al pie de la huesa abierta, donde yace un ser querido para él, y que la mano despiadada del destino le arrebató.

Y también él oía con el fervor sagrado de los espíritus serenos que saben pagar su tributo á los muertos, ese tributo que se impone al alma con la fuerza irresistible de las cosas superiores.

La campana tañe melancólicamente en lo alto del blanco campanario y llama á los creyentes á orar...

Que su voz plañidera, vibrando temblorosamente en los espacios, sea escuchada por todos los que perdieron algún ser querido en la tierra...

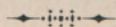
Llama á orar por los muertos, y sólo pide una lágrima y una flor para los que fueron...

¡Date lilia, date lilia! ¡arrojad los lirios á manos llenas, que su perfume llegue hasta los cielos envuelto en el perfume santo del recogimiento y de la oración!..

PABLO DELLA COSTA.



EL LITERATO FALSIFICADO



Estamos en una época de regeneración social.

Merced á los adelantos de las ciencias y de las artes, cualquier hijo de vecino se levanta un día de buen humor, y se dice: «quiero ser esto, ó lo otro, ó lo de más allá», y, no hay que darle vueltas, logra por fin todo lo que quiere.

Sólo así puede comprenderse que exista en el mundo tal colección de talentos artificiales y genios averiados, que se creen dueños de la humanidad.

Segunda edición de la pedantesca raza anatematizada por Moratín, pulula hoy una variedad de aquella, nuevecita, flamante, verdadero aborto de la última mitad de este siglo del progreso.

Su nombre es: *el literato falsificado*.

Sírvanos, como muestra de la clase, cualquiera de sus miembros.

Don Epifaneo fué en sus buenos tiempos escribiente de un literato, y ganaba un modesto sueldo poniendo en limpio y con letra muy clarita (que era lo único bueno que don Epifaneo tenía) las cuartillas que su principal mandaba á la imprenta.

Sea que lo bueno se pega con el roce diario, sea que nuestro buen hombre se cansara de copiar lo que otro escribía, el caso es que concibió la idea de dejar de ser escribiente para convertirse en escritor.

En dos meses y pico devoró una biblioteca, aunque sin digerir una página; y para tener siempre la ciencia, el arte, la literatura, la historia, etc., al alcance de su mano, don Epifaneo gastó parte de sus pequeños ahorros en un Larousse, obra obligada de todo sabio y necesaria á muchos que no lo son, pero que pretenden pasar plaza de tales, y merced á la cual, cuando su uso estaba menos generalizado que hoy, lograron más de cuatro crearse una reputación de hombres de talento.

Don Epifaneo con su Larousse y la constante lectura, llegó á saber que América

fué descubierta por Colón, que el descubrimiento del vapor es posterior al de los cigarros de la paja, que Adán fué el primer hombre que durmió la siesta, y que San Pedro fué el santo de menos pelo de los contemporáneos de Poncio Pilato.

Averiguó también, por el mismo sistema, que el aire no ha sido nunca cuerpo sólido, que los mamíferos han habitado en todo tiempo la *costra terrestre* y los peces el *líquido elemento*; que los hombres se acostaban á oscuras cuando aún no se había descubierto el alumbrado artificial, y

setecientos siete cantos, titulado: *La edad de oro*, en el que haciendo alarde de conocimientos mitológicos, históricos y geográficos, colocó el jardín de las Hespérides entre el estrecho de Behring y el golfo de Omán, desarrollando en él la acción de su poema.

Véase allí al rubicundo Apolo, persiguiendo obstinadamente á Juana de Arco, que se defendía del concupiscente dios, halagando su glotonería con unos cuantos *ticholos* frescos; á Melpómene sacando vasos de agua de la fuente Castalia para refrescar las fauces del Pegaso; á Terpsícore del brazo de Motezuma, extasiada en la contemplación de un plantel de alcahuciles; á Talía cazando mariposas, y á Minerva ensayando el himno de Garibaldi en un Stradivarius.

El poema sale á luz, y aunque sólo cuatro amigos del autor lo leen por haber recibido un ejemplar gratis, durmiendo el resto de la edición en los empolvados estantes de las librerías, don Epifaneo no se desanima, re-

cuerda que la historia de las letras está llena de casos análogos; que los mejores poetas de todas las épocas han muerto de una indigestión de hambre, y sigue impertérrito por la senda que se ha trazado.

Un editor de la talla intelectual de don Epifaneo, patrocina la nueva producción de éste, una novela terrorífica del género naturalista, titulada: *La venganza de una momia ó los amores de un cadáver*, la cual es comprada por todos los vendedores de los mercados y algunos ambulantes.

En vista del asombroso éxito de esta primera novela, y siempre bajo la protección del mismo editor, da vida á una segunda de un realismo crudo, que pone los pelos de punta, titulada: *Los amores de treinta y tres vestales; memorias de un romano del bajo imperio*.

Ya no son sólo los *puesteros* los que compran esta obra; su sabor picante, reactivo necesario para el estragado estómago de cierta parte del público, hace que se agoten las tres primeras ediciones, y el



La piedra que crece

PIEDRA ITAPUCÚ, SITUADA EN CORRIENTES, EN EL CAMINO DE CURUZÚ-CUATÍ Á MERCEDES

ITA = PIEDRA X PUCH = ALTA

finalmente, que la especie humana ha nacido siempre lo mismo que hoy, sin diferencia notable. De paso aprendió un par de docenas de frases técnicas, como *paleográfico*, *fonográfico*, *frenológico*, *tetradinamia*, *entimema* y *epikerema*, etc., etc., cuya significación ignoraba, y que revueltas con algunas voces latinas, tomadas al azar, repartía, viniera ó no á cuento.

Finalmente un día, después de haber repasado *in mentibus* (uno de los latinajos favoritos de don Epifaneo) todos sus vastos conocimientos, examinándose con toda la prolijidad é *imparcialidad* de que era susceptible, y convencido hasta más no poder de que *sabía mucho* é ignoraba no poco, se decidió á ser el asombro de sus conciudadanos, no dudando de que éstos le venerarían como á una gloria nacional, y de que su nombre figuraría al nivel, por lo menos, de los de Cervantes, Shakespeare, Hugo, Molière, etc.

Su primer hijo intelectual se presentó bajo la forma de un poema épico en mil

nombre de don Epifaneo es citado como el mejor entre los mejores, y él, entusiasmado, animado por unos y por otros, escribe novelas sin cuento, dramas, artículos, poesías.... ¡la mar! y siempre de la misma escuela, con títulos provocativos, y el público continúa disputándose aquellos volúmenes, que piden á gritos un cura, un barbero y un ama, para hacer con ellos un auto de fe, como el que Cervantes describe en *Don Quijote*.

La Nueva Nana—Hombres y mujeres ó el pecado original—El puñal y el veneno, ó castigo de las diex adúlteras—Los misterios de la nada—Tres años en el vacío—El manuscrito de un verdugo, etc., etc.

Y don Epifaneo se enriquece con estos disparates, siendo ésta una de las muchas diferencias que existen entre el literato auténtico y el falsificado; pues así como el primero no llega nunca á ver reunidos en su bolsillo diez pesos (salvo ligeras excepciones), el segundo, creado por la estupidez y basado en ella, es por ella enriquecido.

Hay muchos así en el mundo, ¿no es cierto?

ADOLFO P. ESCAMILLA.



TÚ Y YO



En el sendero del idealismo nos encontramos juntos los dos, y á nuestro paso por el abismo, de nuestras almas, hizo una Dios.

Soy una errante, ave aterida, que huye el invierno, quiere calor, tú aquella tierra, la prometida, do nunca faltan luz y verdor.

De la existencia en la mar bravía soy oleaje de tempestad: tú eres la playa de mi agonía, con las arenas de tu bondad.

Cuando la noche surge serena entre los tintes del arrebol, tú eres lo hermoso, la luna llena, yo soy la sombra que sigue al sol.

Cuando renacen con Primavera las mustias flores, secas ayer, tú eres la esencia de la pradera, yo el árbol viejo que va á caer.

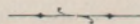
Yo soy el beso, tierno, sonoro, que el aura lleva volando á ti. Tú eres murmullo de canto y lloro, Musa intangible que viene á mí.

Soy el esclavo de tu belleza que á mi alma triste dió una pasión;

tú eres la imagen á quien se reza
yo soy quien rinde la adoración.

Corriendo unidos á lo sublime,
vamos en alas de un puro amor:
Tú eres el Cristo que me redime,
Yo soy la ofrenda que da el Dolor!

MANUEL MÁRQUEZ SAN JUAN,
Mejicano.



DÍAS GRISES



El día está triste.

El cielo color de plomo.

Una menuda lluvia cae lentamente sobre la tierra, dejando muchas gotas en las hojas de los árboles, que parecen lágrimas de la Naturaleza.

Es un día nebuloso, frío, un día gris.

Así serán los días de Londres.

Queda explicado y justificado el *spleen* del Támesis.

Estos días dan pena, causan ansiedad; agolpan las lágrimas á los ojos, el desconsuelo y la desesperanza al alma y los recuerdos al corazón.

En estos días grises no se ama la vida; se apetece el silencio, se quiere la soledad, se anhela el *no ser*, se simpatiza con todo lo triste, con todo lo que ha caído, con todo lo que pasó para no volver, con todo lo que se ha perdido para siempre, con todo lo que fué, con todo el pasado, con la muerte, con la nada.

No sé qué impresiones tan tristes y extrañas me causan estos días grises.

En ellos me acuerdo de todo lo que pasó, de todo lo que he sufrido en la vida, de todos los seres queridos que han muerto ó que se han ido.

Me envuelve el encanto mágico, de lo sombrío y de lo desconocido, de lo obscuro y de lo arcano.

Pienso en los días ya lejanos de mi infancia, perdidos entre las brumas del pasado.

Pienso en todos mis sueños desvanecidos, en todas mis ilusiones disipadas, en todas mis esperanzas muertas.

Pienso en los cementerios, en los cipreses, en las tumbas, y envidia á los que en ellas duermen, porque ellas son la única isla de reposo verdadero «en medio al mar de la vida», como dijo el poeta.

Pienso en todos mis muertos queridos, y de entre todos ellos, pienso ¡oh Dios mío! en mi inolvidable madre, cuyo santo recuerdo es mi encanto y es mi suplicio.

En estos días sin sol, en estos días de lluvia fría y de niebla, en estos imponentes

y majestuosos días grises, amo á la Inglaterra y á Shakespeare, á Germania y á Goethe, á Noruega y á Ibsen.

Mi imaginación se traslada á los países escandinavos y mi corazón, como la brújula, marca el Norte.

Extraña influencia la de estos días grises!

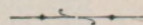
Me hacen reconcentrarme en mis dolores y en mis recuerdos; me hacen alejarme del presente y volver completamente al pasado.

El pasado es una obsesión de mi espíritu.

Me hacen pensar en revoluciones y en combates, en victorias y en derrotas, en tragedias y en suicidios, en damas y caballeros medioevales, en monjes silenciosos y en claustros sombríos: en dolores mudos y en ilusiones desvanecidas, en dramas y en leyendas; en Alemania con sus baladas, sus cítaras, sus vírgenes rubias, sus lagos azules, sus tilos y sus noches de luna; en Rusia con sus hielos y su *Nihilismo*, y en las regiones árticas con sus osos blancos, sus martas, sus eternas nieves y sus eternas noches polares.

Allí me llevan estos días grises, mientras un viento frío agita las hojas húmedas de los árboles y la lluvia azota lentamente los cristales de mi ventana.

J. O'CONNOR D'ARLACH.



IRAS....



(Fantasía).

El rugido del mar, al estrellarse furioso, haciendo añicos sus olas encrepadas en la quilla inconvencible. El rumor grande, de océano, que parece salir del seno de las aguas, y la brisa que susurra, que gime estremecida en las cuerdas, cantando canciones eternas y modulando alaridos de muerte. Y allá, á lo lejos, muy lejos, en el antro de aquel cielo obscuro, fosforescencias extrañas, como resplandores vivísimos de infernales espíritus...

El buque, como fantasma perseguido, hiende los abismos con pavorosa velocidad; blanca espuma deja su hélice, y al redor de sus velas, de su casco, flotan mil lamentos, mil vibraciones arrancadas al misterio...

De arriba, de aquella inmensidad, negra como la desgracia del proscrito, las estrellas titilan, parpadeantes, fulguraciones divinas.

El monstruo respira, y bocanadas de negro humo deja en pos, señalando su rumbo en los espacios...

¿Adónde va? Estremecida su cubierta, devora con ímpetu enloquecido las distancias, y las máquinas crujen bajo la presión estupenda del vapor, mientras la hélice gira, gira, hiriendo las aguas. ¿Adónde va?...

El marinero, sentado á proa, suspendido de una cuerda, entre el cielo y el mar, canturrea, adormecido, aires de su país. Aquel zumbido invariable le mece como á un niño balanceado en la cuna; siente en su frente que hálitos perfumados le besan, leves, las sienes; que las exhalaciones embriagantes de los bosques de su aldea, de nardos, de azucenas, le llegan al alma; que su novia sonriente le abraza...

*~

Una racha embravecida, con oleadas terribles, sacude el buque que salta como un corcel indómito aguijoneado por acerada espuela.

El marinero despierta con lágrimas en los ojos. La brisa gime más desesperada. En el cielo amontona lóbregues la tempestad, y palpita en su seno el rayo vibrador. Las estrellas no fulguran; las aguas se revuelven, y el viento, implacable, azota las crestas de las ondas.

El buque, trepidando bajo el peso de la avalancha, con quejidos de agonía, hundido, elevado, corre sin brújula, y las máquinas, rechinando, respiran espesas bocanadas. Estremecimientos de catástrofes horribles, lo oprimen, lo azotan con veldavales desatados.

Y el marinero, en lo alto, amarrado, prendido, siente vértigos al tocar la extremidad del palo en las olas como montañas. Y se lastiman sus manos, y sus pies se desgarran en las asperezas de las cuerdas.

Abajo, en la bodega, hombres con el oro sobre el pecho, con terrores cobardes en la mirada, en el corazón, en las entrañas, barbotean, llenos de oprobio:

—¡Salvad mi oro! ¡Salvad mi talega, mis tesoros!...

Silba la tempestad iras feroces, el rayo pasa como una flecha, el relámpago ilumina con chispazos las negruras.

Y el marinero, en el extremo del palo, siente que el monstruo se hunde, con espasmos colosales.

Y entonces canta, canta dichoso casi porque el fin de sus soledades, de sus tristezas infinitas, se acerca veloz.

*~

En la borda, como espectros, se aglomern espantados los avaros, que mancharon con sus impurezas la cubierta del monstruo escupiend maldiciones en las aguas.

—¡Llevadme! ¡Llevadme!

—No podemos! Vuestro oro nos haría ir, con su peso, al fondo del mar!...

Se abre un caos, y el buque, con un grito estridente, desaparece, y el océano, como satisfecho, aplaca sus furores, y la brisa vuelve á murmurar misteriosa, mientras las estrellas brillan con pálida luz.

Los que han quedado en débiles barcas son los humildes, los que tienen ensangrentadas las manos, despedazados los pies, curtido el rostro, pero limpio, muy limpio el corazón.

MANUEL M. OLIVER.

Buenos Aires.

LOS DÍAS GRISES



La Plaza Constitución en día de lluvia

OCTUBRE



Raudo el viento se pierde en la espesura semejando, al pasar, cantos de amores, cual preludio de alados ruiseñores, en idilio de célica ternura.

El cielo es más azul, y la ventura arrastrando su túnica de flores, arrebatá del mundo los dolores y consuelo infinito nos procura.

Sale el sol, y la tierra se estremece, y con júbilo inmenso el alma vive del placer ostentando la diadema.

Todo goza, palpita, luce y crece, y el hombre soñador ama y concibe en delirios de amor todo un poema.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS.

Santa Fe (República Argentina).



LOS NOVIOS PREDESTINADOS



(Del libro de Lázaro de H. Heine).

Me miras, y lloras, y fantaseas que es mi desdicha lo que te hace llorar. ¡Mujer! tú no lo sabes; eres incapaz de comprenderlo! por ti, por ti misma tus ojos derraman esas lágrimas.

¡Oh! dime, dime por tu vida; ¿no ha tenido alguna vez tu corazón vaga sospecha, presentimiento súbito que te revelase que la voluntad de los hados nos había uno para otro destinado! Unidos, la suprema felicidad debía ser para nosotros; separados, ¡ah! separados, nuestra ruina era inevitable!

Escrito estaba en el gran libro del destino, que debíamos amarnos. Estaba también designada aquí en mi pecho tu morada. Entre mis brazos habría de despertarse la conciencia de tu ser; y con mis caricias, y con mis besos, ¡oh, delicadísima flor! te habría librado de la torpeza de un sueño animal; mi aliento habría en ti inflamado; la llama de las nobles pasiones humanas te habría elevado hasta mí, alzado hasta la suprema vida... ¡oh! yo te habría dado un alma!

Ahora, cuando todos los enigmas se hallan declarados; ahora, cuando la tenue arenilla acaba de deslizarse en la ampolleta; ¡oh! no llores, mujer; así debía suceder, no de otro modo. Yo me voy; presto, muy presto me voy; y tú, ¡ah! tú, sola en el mundo, te marchitarás; sí, te marchitarás aún antes de desplegar todos tus encantos. Vas á apagarte, aún antes de haber sido inflamada; vas á morir, ¡estás ya muerta!... y esto antes aún de haber vivido!

Ahora lo sé, lo comprendo todo. Sí, por Dios eterno, declaro que tú has sido la única mujer á quien he amado. ¡Suerte asaz amarga y harto cruel! La misma solemne hora en que se reconoce esta verdad, sea también la hora de separarse para siempre!... las palabras de bienvenida son al propio tiempo palabras de adiós eterno!... Hoy nos separamos, y nos separamos para siempre!... ¡Ay! que para nosotros no existe ni la consoladora esperanza de volvernos á ver en otro mundo!...

La hermosura tornóse en polvo... Luego, muy luego, tú también te desvanecerás, te perderás, en el ancho seno del vacío...

Mas la suerte de los poetas es harto indiferente; á ellos, los inmortales, los alzados, la muerte no será poderosa á aniquilarlos del todo. El aniquilamiento de esta

baja tierra no se hizo para nosotros. Nosotros seguiremos viviendo en las altas regiones de la poesía, en la isla encantada de Analón, el país de las hadas...

¡Adiós, adiós para siempre, hermoso cadáver!!

ROBERTO ESPINOSA.

Quito (Ecuador).

BÍBLICA

En un Álbun.

Había ya tronado siete veces en la homogeneidad absoluta del vacío, en la eterna indiferencia del no-ser la soberana voz de Jehová:... Hágase la tierra;... hágase el cielo;... hágase la luz...

De la infinita vaguedad del caos, surgiendo había, la ley, el orden, el sistema; del seno de lo informe, la finitud, el vínculo, la configuración.

La tierra viajera abandonada á la irresistible impulsión de su destino, trazaba círculos y más círculos, buscando con la tenacidad de la inconsciencia el inescrutable principio de su fin.

El cielo, soldado á su reposo eterno, envolvía en los pliegues de sus tules vaporosos el movimiento infinito: aprisionaba el sol, la tierra, los astros todos. Y la luz, la luz, insinuante sonrisa del Universo, destello de amor de lo absoluto, se manifestaba en el mundo como el hálito de la fe y el vigor de la esperanza.

—Aún no está perfecta la obra, dijo Jehová.

Su voz vibró terrible en el espacio poblado de mundos, llevando hasta los más recónditos ámbitos del Universo el severo descontento de su autor.

—Aún falta la suma de todas estas perfecciones, la fórmula integral de estas bellezas, la síntesis infinita de la Creación: aún necesito amarme en una sola existencia que sea á la vez la definición del mundo y mi orgullo de Dios.

Entonces, en el dominio de la existencia positiva surgió la mujer.

Nadie lo ha dicho, pero desde entonces también existen para el hombre dos misterios impenetrables, dos incógnitos insolubles: la *divinidad* y la *mujer*.

JOSÉ IRURETA GOYENA.

Montevideo.

NUESTRO CERTAMEN

Terminado el plazo que se acordó para la aceptación de cuentos destinados al concurso, esta dirección ha empaquetado y lacrado los sobres contentivos de los trabajos y de las firmas, y citado á los distinguidos miembros del jurado, los que han dado comienzo á su cometido, en la forma de que oportunamente darán cuenta las actas respectivas.

Como es sabido, el éxito de este certamen ha sido tan inesperado como completo. Podemos adelantar que toda América latina se halla representada en este torneo de arte y de confraternidad.

La prensa del exterior continúa haciendo referencia á la marcha propicia del certamen, y ofrece á LA ALBORADA gentilmente todo su concurso para la mejor consecución de los fines que persigue.

La prensa de esta ciudad nos augura los más felices resultados.

El *Nacional* notició así la conclusión del término de aceptación:

«El certamen de LA ALBORADA.—Hoy vence el plazo para la presentación de los trabajos destinados al primer certamen literario organizado por la bien leída revista LA ALBORADA, que con tanto acierto como inteligencia dirige nuestro distinguido amigo y correligionario don Constancio C. Vigil.

Este certamen será todo un acontecimiento artístico, pues en él estarán representadas todas las eminencias literarias de la América latina, y bastará para formarse una idea de esto, la lista de los lemas de los trabajos presentados hasta el día 28, que damos á continuación:

El jurado que ha de discernir los premios y que, como se sabe, está compuesto por los señores Rodó, Viana y Ferreira, se reunirá en estos días con el objeto de dar principio á su cometido.

La *Tribuna Popular* se expresó en esta forma:

«El concurso de LA ALBORADA.—Éxito completo.—Mañana termina el plazo señalado por la dirección de la popular revista literaria LA ALBORADA, que con tanto acierto dirige el señor Constancio C. Vigil, para la presentación de trabajos al concurso de cuentos que ella inició y que ha tenido un éxito completo. Exceptuando el Paraguay, toda la América latina ha respondido al llamado de aquella publicación, lo que prueba el interés que esta clase de certámenes despierta en todos los países

cultos y la confianza que LA ALBORADA inspira dentro y fuera de casa.

La lista completa de los trabajos recibidos hasta ayer á la tarde es la siguiente:

El jurado que ha de fallar en el concurso, compuesto de los señores José Enrique Rodó, Javier de Viana y Eduardo Ferreira, debe reunirse en esta semana para empezar su cometido.

Oportunamente se conocerán las resoluciones del jurado.

SECCIÓN CIENTÍFICA

SUMARIO: OBESIDAD. Un caso de esta dolencia curado por el doctor Debove. — FRANQUICIAS AUSTRIACAS ACORDADAS Á LOS FERROCARRILES. — ALUMBRADO Y TRACCIÓN ELÉCTRICA EN SANTIAGO DE CHILE. — ¿Por qué no tenemos nosotros esta clase de conducción?

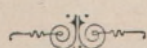
Según el doctor Cortaz, que escribe en *La Nature*, tres son los tratamientos aconsejados para curar la obesidad: 1.º, insuficiencia de alimentación por disminución progresiva, de tal manera que el enfermo se vea obligado á vivir con esta reserva quemando la grasa acumulada en sus tejidos; 2.º, aumento del gasto, exagerando las funciones nutritivas por medio del ejercicio; 3.º, aplicación de medicamentos tiroideos, destinados á combatir la sobrecarga grasosa; y sin declararse más partidario de un método que de otro, relata un caso muy curioso, completamente curado por el doctor Debove, de las clínicas de París, aplicando al paciente el primer tratamiento.

Se presentó al hospital un individuo, de profesión chanchero, atacado al mismo tiempo de obesidad y de gota albuminoidea. El enfermo pesaba 147 kilogramos; era en la cama una mole incapaz de todo movimiento físico é intelectual. El doctor Debove empezó por reducir los alimentos, ordenando que todos éstos se le diesen al enfermo, sin previa cocción: leche, carne, huevos, etc., todo crudo. Durante un mes no se le dió nada más que dos litros y medio de leche por día, y al terminar ese plazo, el peso del chanchero disminuyó 15 kilogramos; al fin del mes siguiente bajó 10 kilogramos más. Concluidos los siete meses, sólo pesaba 94 kilogramos, ó sea, 53 menos que al entrar al hospital. Se le dió de alta, y el hombre volvió á su trabajo. Pero, bien puede imaginar el lector, en qué estado habrá quedado la piel, encerrando 53 kilogramos menos de grasa, como quien dice el peso de un estudiante de ingreso á nuestra Facultad de Preparatorios!

De un interesante discurso publicado por el Ministro de Obras Públicas del país vecino, doctor Emilio Civit, y que transcribe el último número de la *Revista Técnica* de Buenos Aires, recojo el siguiente párrafo que prueba con cuánta liberalidad trata el Gobierno austro-húngaro á las empresas ferroviarias, hecho que no sucede así en Inglaterra, como se dice en el mismo discurso. He aquí el párrafo en cuestión: «Esta Nación (se refiere á Austria-Hungría) ha acordado á algunos de sus principales ferrocarriles liberación de derechos y de impuestos, y á compañías como la sociedad austriaca de ferrocarriles, le ha donado, en completa propiedad, minas de carbón, numerosos bosques y una serie de minas de metales; y como si esto no fuera suficiente, le acaba de acordar además la propiedad de 130,000 hectáreas de tierra y una garantía de 5 2 por 100 sobre el capital empleado.»

Según la misma *Revista Técnica*, desde el 28 del mes pasado, empezó á funcionar la red urbana de los tranvías eléctricos en Santiago de Chile. La inauguración de estos trenes coincidió con la del alumbrado eléctrico en las calles de la misma ciudad. Después de esto y de saberse que en Buenos Aires desde mucho tiempo atrás existe con provecho de las empresas y comodidad del público la tracción eléctrica, es el caso de preguntar: ¿y nosotros, qué hacemos? ¿No ha llegado todavía el momento de que nuestra empresa nacional de luz eléctrica se despierte de la vida anémica que lleva y haga esfuerzos por utilizar sus dinamos y otros que pueda agregar, con el fin de conseguir aquella misma clase de tracción? ¿Y por qué nuestra Municipalidad y nuestras Cámaras se muestran tan retardatarias en hacer algunas concesiones que permitan esa explotación á empresas particulares? ¿Son demasiadas al fin las exigencias últimas del señor Colladón?... En Santiago de Chile la compañía concesionaria tuvo que luchar con mil dificultades que le opusieron las autoridades municipales, pero al fin se consiguió llegar á una fórmula de conciliación que produjo el resultado que menciono al principio de este acápite. ¡Ojalá que pronto encontremos también una fórmula como la que hallaron los chilenos!

NICOLÁS N. PIAGGIO.



SOCIALES



Dejó de existir en la ciudad de Rocha la respetable señora Dominga Presa de Antuñano. A sus distinguidos deudos presentamos nuestro más sentido pésame.



En estos primeros días se efectuará la boda del apreciable joven Eduardo Capdehourat, con la señorita María Helguera. La ceremonia revestirá carácter de intimi-



Enramada

dad á causa del duelo de la familia de la novia.

—Falleció en Melo, la muy apreciada y virtuosa señora Corina J. de Isasa. Presentamos á sus deudos nuestro pésame.

—Nos anuncian para dentro de poco, el enlace de la señorita Cándida García con el caballero Miguel Mendizábal.

—El día 3 tuvo lugar el matrimonio del señor Eduardo Vigil, con la señorita Sara Sónora. Con tal motivo los novios fueron muy obsequiados por sus relaciones.

—Regresó á San José el señor escribano Homero Nicola.

—En el Rosario, se celebrará muy pronto la boda de la señorita Elvira Díaz y el joven Diógenes Méndez.

—Llegaron, de la Florida, el señor agrimensur Gerónimo de Sierra; de la misma ciudad, el señor Servando Gómez y su distinguida esposa; de San José, la señora Consolación Chavarría y la señorita María Adelina Lerena; del Durazno, la señora Juana L. de Narbona; de Fray Bentos, el señor Gregorio Amaral y las señoritas Teresa Amaral, Graciana Etchar y Estela Velázquez; de San Fructuoso, el doctor Ernesto Seijo; de Minas, los señores don Pedro Rivero, Juan T. Iribar y Antonio Sureda.

—Regresó á la capital de Soriano la señora Mercedes A. de Brugulat, que pasó algunos días en esta ciudad.

—Se encuentra ya mejorado el muy estimado facultativo doctor José Luis Baena.

El amigo generoso

He aquí un grave problema: ¿qué cosa es más perjudicial, la mujer que se ama ó el amigo que se quiere?

Estudiemos las diferentes especies de «amigos»; luego le llegará el turno á ellas.

Empecemos por el *amigo generoso*. Esta especie tiene muchos puntos de contacto con la del *amigo protector*.

Supongamos, lector, que es usted rico (que en estos tiempos es mucho suponer).

Supongamos que tiene usted un amigo médico, por ejemplo. Y supongamos que cae usted enfermo sin ejemplo.

Llama usted al amigo médico, el cual, por uno de esos milagros inexplicables, le cura á usted. En seguida trata usted de pagarle; pero él rehusa.

—¡Cómo! exclama, ¿pagarme como á un extraño? ¿ofrecerme dinero á mí, á su verdadero amigo?

Usted se queda tan ancho, diciendo: ¿qué bueno es el doctor!

Llega el cumpleaños del doctor, y le hace usted un pequeño obsequio.

Llega Navidad, y hace usted lo mismo.

Quiere el doctor descansar una temporada, y usted se lo lleva á su quinta.

Y de este modo, lo que hubiera costado quinientos reales pagando las visitas, le cuesta un dineral, y siempre le está usted debiendo.

Moraleja: Cuando necesite usted de otro hombre, no se valga usted de un amigo, porque nada cuesta tan caro como lo que se hace de balde.

Otra especie.—El amigo de la mujer de usted

De todos los amigos, éste es el más dulce, el más complaciente, el más simpático, el más servicial.

Si es rico, no tiene usted más que abrir la boca, y él se apresura á satisfacer sus deseos.

Si es pobre, lo tiene usted á su disposición noche y día, con sol y con lluvia, con calor y con frío.

Hay ocasiones en que el amigo de la mujer de usted está serio con ella: con usted jamás.

¡Ah! Para usted guarda él siempre su más dulce sonrisa. Medio de conocerle:

El mejor amigo de usted; el que más le quiere; aquel de quien usted no ha sospechado nunca, ese es el amigo de su mujer de usted.

Y quedan por «desollar», el *amigo franco*, el *amigo de papá*, el *amigo tonto*, etc. Les llegará su turno.



—Enfermos mejorados: señora Ubaldina M. de Silveyra, señorita Irene Mello, el señor Máximo Artigas, la señora Petronila Gómez de Garçao, el señor ingeniero Carlos Honoré, el señor Indalecio Rodríguez y Rocha.

—De Florida, se nos anuncia para dentro de poco la unión nupcial del caballero Segundo Rodríguez, con la señorita Margarita Falkenhaguen.

—Regresaron de la vecina capital, el distinguido señor Vicente Fernández y su señora esposa, quienes se ausentaron con el propósito á asistir á las grandes fiestas realizadas en honor de Campos Salles.

—Dejó de existir en Canelones la respetable anciana Dámaza R. de Delgado.

—Partió con destino á Rocha el señor coronel Enrique Yarza.



NOTAS DE LA SEMANA



Don Pío García

Hondo y sincero pesar ha producido el fallecimiento del honesto y bien querido ciudadano y correligionario nuestro, señor Pío García.

Los días feriados han imposibilitado á esta revista de presentar al compatriota el póstumo tributo merecido; pero en el próximo número, y merced á la cooperación del estimado caballero José Percovich (hijo), LA ALBORADA despedirá al sentido compatriota como su virtud y sus merecimientos lo reclaman.

La confraternidad en América

México, 20 de Septiembre de 1900.

Señor don Constancio C. Vigil.—Director de LA ALBORADA.—Montevideo.

Muy estimado señor y amigo:

Hasta hoy recibí su grata fecha 11 de Agosto y los números de su periódico que tuvo la bondad de remitirme.

Con verdadera pena manifiesto á usted que ni yo, ni algún otro compañero podremos concurrir al certamen, pues dada la fecha que se fija para recibir las composiciones y el tiempo que tarda el correo (40 días), las nuestras no llegarían á tiempo oportuno. Pero veo que cada seis meses se efectúa un concurso, y para el próximo le prometo reunir un buen contingente mexicano.

Mucho agradezco á usted sus bondadosas frases para mí y que mis humildes producciones encuentren favorable acogida en su importante revista: con mucho gusto se-

guiré enviándole pequeñas piezas literarias mías y de algún escritor de acá.

Pero si no puedo obsequiar sus deseos enviándole periódicos, le remitiré algunas obritas que hablen de nosotros. Por este correo va un estudio del señor ingeniero Rafael Ramos Arizpe, que trata del alumbrado público en México. Ya en su próxima me dará usted su opinión sobre él.

No me molesta usted con sus encargos; lejos de ello, es motivo de verdadera satisfacción para mí el poder servirle y espero me seguirá honrando con todo lo que se le



Descanso

ofrezca. Bien quisiera yo que se estrecharan más nuestras relaciones con todos nuestros hermanos de la América española, como todos lo deseamos. Supongo que usted ya sabrá que nuestro Gobierno se ha dirigido á los de las repúblicas hermanas, invitándolos á enviar representantes á un congreso que deberá reunirse en esta capital el año venidero, y no dudo que el Uruguay estará dignamente representado.

La franqueza y el estilo de su carta, me representa nuestro carácter en la costa del Golfo; así somos los hijos del Estado de Veracruz, y digo á usted con toda sinceridad que sin tener el placer de conocerlo personalmente, le profeso grande simpatía.

Quedo incondicionalmente á sus órdenes, y desde hoy me honro en llamarme su amigo afectísimo y atento S. S. q. b. s. m.

Manuel Márquez San Juan.

«La Raza de Caín»

La crítica se ha manifestado apenas aún sobre la importante novela del señor Carlos Reyles. Alguna que otra opinión, muy pocas, y el acuse de recibo de la prensa, es todo lo que hasta ahora se ha dicho en público al respecto. É, indudablemente, «La Raza de Caín» es toda una excelente y profunda obra, digna de que se le estudie, se le comprenda y se le aplauda. En nuestro país, en nuestro ambiente culto, un libro así debiera despertar mayores simpatías, un más sincero entusiasmo. Pero, aquí,

por desgracia, poco se lee, y menos todavía se juzga lo que se lee.

Aparte de estas reflexiones, podemos asegurar que «La Raza de Caín» merecerá la más honrosa acogida de la crítica sensada é ilustrada, que también la tenemos, y muy valiosa.

El segundo concurso

En los primeros días de Diciembre próximo daremos á conocer las condiciones todas en que se realizará el segundo certamen de la serie promovida por LA ALBORADA.

Enviaremos noticia detallada sobre el particular á cuantos intelectuales se sirvan solicitárnoslas.

De Víctor Pérez Petit

Dentro de pocos días dará comienzo á su juicio acerca de la última obra del señor Reyles, el doctor Víctor Pérez Petit, quien ocupa, fuera de duda, uno de los primeros puestos entre los talentos críticos de América.

El mencionado estudio del doctor Pérez Petit será publicado en LA ALBORADA.

«Revista Nacional»

Recibimos la entrega cuarta del trigésimo tomo de la importante publicación *Revista Nacional*, editada en Buenos Aires.

Es director de esta acreditada revista de historia, literatura y ciencias sociales, el señor Rodolfo W. Carranza, y secretario de redacción el señor Eugenio C. Noé, inteligente uruguayo que á menudo engalana las páginas de LA ALBORADA con sus producciones.

«Blanco y Azul»

Nos ha sido remitida, por vez primera, la publicación hebdomadaria «Blanco y Azul», que se imprime en Santa Fe (República Argentina).—Esta revista ha reaparecido en su segunda época, con excelente material artístico y literario.

«La Rassegna Internazionale»

Hemos tenido el gusto de recibir la visita de la publicación quincenal *La Rassegna Internazionale*, importantísima obra literaria que edita en Firenze (Italia) la casa Bocca hermanos. En el número que tenemos á la vista hay notables trabajos de Mario Morasso, José León Pagano, Antonio Cippino, Remy de Gourmont, Enrique Corradini, etc., etc.

Retribuimos el canje.

